Ejercicio de continuidad

VICTOR E. PEREZ

Capítulo 1

En la habitación se despliegan los elementos. Una silla, un pequeño escritorio y sobre el escritorio una taza de té, cuyo vaporcito me acompaña mientras contemplo un nocturno universo frente a mi ventana. Las lámparas se han apagado y se adivina alguna continuidad en la proyección de mis sentidos al exterior. Me aproximo hacia la ventana apoyando mis codos sobre el escritorio, al mismo tiempo que el frío cobija las luces de edificios y casas lejanas, las que están al otro lado de la calle antes que comiencen los inmensos y oscuros campos después de la quebrada y el río seco. Estoy en altura, en un séptimo piso, mirando hacia lo que horas antes fue un atardecer con intensa lluvia. Poco a poco mis ojos se ajustan a la noche y comienzo a recorrer la diversidad presentada. Ahora hay silencio, interrumpido solo por ocasionales vehículos: siento el chasquido de los neumáticos en el pavimento húmedo y el ruido de los motores.

Se que estoy en el límite, tengo una ciudad que duerme a mis espaldas, mientras miro como en el horizonte la profunda oscuridad de los campos cambia por un cielo luminoso sin luna ni estrellas. El edificio que está más cerca tiene algunos ventanales iluminados de blanco y amarillo. Por más que me esfuerzo no veo moradores. Hay unos árboles altos y frondosos que parecen envolverlo con sus largas ramas, por instantes en ellos veo ventanitas y sutiles sombras. Forman una simbiosis árboles-edificio que se produce por ciertos destellos y claroscuros cuya naturaleza no logro definir.

No me había percatado que existiera una casa en medio de los campos, asumo que ésta existe por unas luces anaranjadas, las que a pesar de todo no titilan. Pareciera que fuera un color pintado en el negro por los hombres primitivos que habitaban alguno de estos lugares. Son tres cuadritos que reclaman soberanía, desafiando a los que viven en la ciudad y a todo el alumbrado público.

Mucho más allá de los árboles y del edificio está la continuación de la calle, hay luminarias dispuestas a distancias regulares, manifiestan cierta simetría, pertenecen al mundo de Euclides. Otras luces son móviles, van de un lado a otro, aparecen y se esconden, me inclino a pensar que son camionetas que se internan por senderos secundarios. En un instante todos estos elementos me piden su atención, mis ojos y oídos se integran al paisaje, adquieren el dinamismo de las cosas. Las luces fluctúan y forman círculos que se expanden; insinúan acercarse a mi ventana al tiempo que la última secuencia de vehículos avanza por la calle.

Por momentos dudo que el silencio que se produce por largos minutos sea realmente el mismo que existe afuera, tal vez sea solo el silencio de la habitación. Este pensamiento lo considero extraño porque esa duda no la

tengo de las luces, éstas –aunque me resultan familiares- son de ese mundo que está afuera, al que yo no pertenezco, pues soy un simple observador protegido por un vidrio. A pesar de ello, el silencio es un fino zumbido en mis oídos, lo siento como una irradiación de ciertas energías, las que además pretenden manifestarse en pequeñas alteraciones de mi ritmo cardíaco.

La noche callada sin necesidad alguna aumenta su reino, poco a poco se apodera de las luces, algunas se pierden, otras mueren, se van reduciendo en número e intensidad. Las que permanecen lo hacen como testimonio de algo. Ahora me resulta difícil distinguir los grandes árboles y el edificio, ya son parte de los campos, del cielo y de las nubes. Un hombre en la calle pedalea sobre una bicicleta a gran velocidad, pasa frente a mi ventana en eternos segundos, parece irreal, nadie lo persigue, simplemente avanza por el camino, atrás quedan las luminarias de la ciudad, va hacia los campos, por los senderos secundarios, hacia unos focos que hace unos instantes imperceptiblemente dejaron de alumbrar.